

Domingo 7 de Octubre de 1923

EL TEMOR AL CARDENAL

Siento estar en desacuerdo con la opinión de los conservadores que abominan de la Asamblea Radical. A mí me encanta.

Un grupo de tontos jóvenes, robustos y seguros de sí mismo, cuyo cerebro no ha sido contaminado por la lectura, que viven de la caza y de la pesca y persiguen por igual a los clérigos y al presupuesto, constituye un espectáculo interesante y primitivo.

Al verlos, se experimenta el placer de la superioridad, se aprecian las ventajas de la civilización y la inmensa utilidad de la enseñanza. Desde este punto de vista la Asamblea Radical propende al desarrollo de la instrucción pública, tanto a más que cualquier jardín zoológico.

Además, es divertida. A la simple visión de una sotana el cerebro de los jóvenes radicales entra en plena ebullición, y - a falta de otras más autorizadas y sensatas - comienzan a producir ideas propias. ¡Cálculase el efecto que les habrá producido un cardenal!

Desde luego, han reparado en "que los atavíos de púrpura y de pedrerías del dignatario de la Iglesia, resultan chocantes si se les compara con la pobreza y humildad de Cristo".

La observación sastreril - además de original - resulta nueva, ya que los miembros del Sacro Colegio vienen usando tales vestiduras solamente desde el año 1295 de nuestra era, o sea, dos siglos antes que los antepasados del Cardenal Benlloch descubrieran a los antepasados de los ~~asambleístas~~. En cuanto a las condecoraciones, que contribuyen al esplendor del traje y que tanto les han llamado la atención, no ~~alarman a nadie en los países cultos~~, donde siempre se ha mirado a Jesucristo como modelo de vida; pero no de indumentaria de etiqueta.

Ninguna nación civilizada ~~de Europa~~, en efecto, que un embajador de la Santa Sede y del Gobierno de España llegara a presentar sus credenciales con una simple túnica de lino y montado en un pollino, como Cristo hizo su entrada triunfal en Jerusalén.

Y conste que, en el caso de nuestro ilustre huésped, no es la falta de pollinos, sino la falta de precedentes diplomáticos y litúrgicos, lo que le ha impedido acceder a los deseos de la Asamblea Radical.

Pero, así como esta tiene la suerte de ignorar las prácticas del derecho de gentes, que han hecho al Gobierno de Argentina, Chile, y harán sin duda a todos los gobiernos por cuyo territorio pase el Cardenal, rendirle honores oficiales, tiene, en cambio la desgracia de no darse cuenta de lo que es una persona, honrada, culta, talentosa y distinguida.

Los asambleístas radicales han resuelto vigilar al Cardenal. La idea, que también resulta nueva, es, sin embargo, explicable entre individuos que, como se ha dicho, viven, por lo general, de la caza y de la pesca. Estos hábitos de vida, traen como consecuencia, la obsesión del vigilante. Ellos no pueden explicarse que una persona que frecuenta la Moneda, no sea con el objeto de sacar una pilitra; que una persona a quien le toca asistir a un banquete donde hay cubiertos de plata, no necesite que haya alguien que vigile su conducta.

Por lo demás, parece que ésta es una práctica muy corriente, tratándose de masones. Hace poco se publicó un documento en que el venerable ex-Ministro señor Martner, nombraba a los hermanos Mella-do y Ulloa para seguir la pista a un aprendiz. Al lado del señor Alessandri se ve siempre al venerable doctor Fernández Peña, aunque no está bien claro si vigila al Presidente o a su perro, que, aunque a veces suele hacer cosas impropias, lo acompaña con la misma lealtad y persistencia. Sin duda alguna, los propios asambleístas radicales tienen también sus vigilantes, los cuales, probablemente, a su vez, tienen los suyos.

Lo raro es que entre tantos cuidadores no se haya presentado el caso de uno que recomiende un poco de cultura a sus pupilos, en obsequio al buen nombre y al prestigio del Partido Radical.

Salvo que en esa colectividad se quiera mantener la asamblea como un factor de enseñanza, como un campo de experimentación donde la gente pueda percatarse de las ventajas que consigo traen la buena educación y el estudio, entre las cuales figura la de no alarmarse con la presencia de un hombre de talento cualquiera que sea la indumentaria con que se presente.

El temor al Cardenal es todo un alegato en pro de la instrucción.

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile